

# “GOYO”, IN MEMORIAM

*“Es tu risa la espada  
más victoriosa...”*

*“Nanas de la Cebolla” (Miguel Hernández)*

Gregorio Astorga, *Goyo*, fue profesor de Filosofía de nuestro colegio (en un tiempo, “San Juan de Ávila” y “Nuestra Señora del Carmen”). Un extraordinario profesor, cercano, locuaz, simpático (es decir, capaz de conectar con los demás).

Cada cual acumula algunos recuerdos: las acampadas de final de curso, aquel ajetreado viaje a Portugal, la explicación de la Escolástica con los diagramas de Venn, sus comentarios sagaces, sus críticas no siempre tan veladas... Pero si hay algo en lo que todos coincidimos al recordar a Goyo es.. su risa.

Goyo reía como los bebés, carcajeándose con todo el cuerpo, reverberando desde su luminosa mirada, con la sutil ironía que da haber aprendido mucho y haber sufrido un tanto, con la finura de la comprensión y la sabiduría de la finitud, demasiado arraigada como para dejarse llevar por las garras de la intolerancia.

Reía Goyo y el mundo se iluminaba. Reía mientras sostenía el letal y sempiterno cigarrillo en su mano, mientras apuntaba con la tiza a algún inocente despistado, mientras modulaba su voz con un libro de cabecera, o mientras celebraba esas misas que llenaban el templo. Lanzaba su risa contra los intereses mundanos, contra las convenciones deshumanizadas, contra la grosería de la ignorancia o la altitud de la soberbia. Frente a los ademanes vacíos, a las palabras amenazantes, a los conflictos diarios, a las pruebas del tiempo, a las trampas de la vida, Goyo avanzaba con su sonrisa en ristre, contra gigantes y enanos.

Predicaba la humildad, no con palabras, sino con ejemplos. Amaba lo pequeño, lo terruñero, lo castizo, pero se nutría de los clásicos, de los grandes pensadores, de los músicos excelsos, de los artistas osados, de los poetas que taladran y caldean el alma. Hacerse pequeño para ser de los grandes.

Goyo fue siempre aprendiz de maestro, y, por eso mismo, un maestro excepcional. Entregó su vida a servir a los hombres, que es el mejor reflejo del servicio a Dios.

Que ese Dios le haya otorgado la PAZ que tanto ha merecido.

